

## ASIA MALINTERPRETADA\*

La reciente avalancha bibliográfica sobre el «ascenso de Asia» se concentra en las implicaciones que este desarrollo ha tenido para Occidente. Raramente se detiene a considerar el impacto sobre las interrelaciones entre los propios Estados asiáticos. En *Rivals*, el ex editor de *The Economist* Bill Emmott intenta corregir este hecho examinando los casos de China, la India y Japón y sosteniendo que la interacción entre los tres influirá de modo decisivo en la forma del orden mundial que se avecina. Como indica nuestro autor, su triple coexistencia como grandes potencias representa una novedad histórica. En 1820, cuando China y la India representaban conjuntamente la mitad de la producción mundial, Japón seguía siendo un país aislado y atrasado, al que aún le faltaban varias décadas para que se materializara el impulso modernizador del periodo Meiji; en la década de los treinta, cuando Japón era ya una potencia industrial y militar completamente desarrollada, China se hallaba sumida en la pobreza y asolada por los señores de la guerra, mientras la India gemía bajo el yugo británico. El fulgurante desarrollo económico de la RPCh y el continuo crecimiento de la India durante las últimas décadas sugieren que los dos gigantes asiáticos se unirán a Japón para contarse entre las cinco mayores economías del mundo.

Este proceso, sin embargo, está provocando «transformaciones disruptivas» que alterarán profundamente las economías, las sociedades y las estructuras políticas de los Estados en cuestión, sostiene Emmott, generando potencialmente nuevas tensiones entre los tres. La creciente prosperidad ha generado la correspondiente expansión de las ambiciones globales de chinos e indios. Durante los próximos años asistiremos a la intensificación de la competencia por los recursos y los mercados, entre los que pueden contarse los campos petrolíferos y los yacimientos de gas birmanos. Por otro lado, Emmott observa una incipiente carrera armamentística en curso, en una región salpicada por potenciales puntos de conflicto violento. Además de disputas territoriales –sobre Aksai Chin y Arunchal Pradesh en

---

\* Bill Emmott, *Rivals. How the Power Struggle between China, India and Japan will Shape Our Next Decade*, Londres, Allen Lane, 2008.

el caso de China y la India, y sobre las Senkaku y otras islas en el caso de China y Japón—, existen otras fuentes de tensión en Tíbet, Taiwán, la península de Corea, Pakistán y Cachemira, que el empeoramiento de la perspectiva económica mundial probablemente intensificará. Emmott propone un «plausible escenario pesimista»: la economía de China, propensa a generar burbujas, entra en una profunda recesión, acompañada por crecientes protestas sociales; el Comité Central del Partido endurece su control recurriendo de modo creciente al nacionalismo, lo que amplifica las tensiones regionales mediante muestras de bravuconería. Con un Japón que aumenta también sus recursos bélicos, Taiwán podría convertirse en la causa de un «breve intercambio de fuego con carácter tentativo», que podría implicar también a Estados Unidos.

Emmott no es un neófito en las labores de prognosis: en 2003 publicó *20:21 Vision*, en donde ofrecía las «lecciones del siglo xx para el siglo xxi». Su veredicto entonces fue que el capitalismo liberal bajo la hegemonía estadounidense perduraría a pesar de los desafíos a los que pudiera enfrentarse. En *Rivals*, escrito cuando el mundo entraba en una fase de recesión económica, de algún modo ha cambiado de curso: «el futuro pertenece a Asia», señala al principio del texto. «Asia», por su parte, es una expresión geográfica y no política, por supuesto. Pero Emmott sugiere que una «nueva Asia» se esta creando mediante la ampliación y la profundización de los vínculos comerciales y de inversión. La recuperación de Japón después de 2002 se ha basado en las exportaciones a China, no a Estados Unidos. En un puñado de años China, no Estados Unidos, será el principal socio comercial de la India. Aproximadamente la mitad de todas las exportaciones de mercancías asiáticas van a otros países asiáticos, lo cual supone un nivel de integración económica comparable al de las economías del Tratado de Libre Comercio de América del Norte. Hoy el «drama asiático» está «generando nueva riqueza, nuevas ideas y una nueva confianza», «anudando a Asia en un vibrante mercado único de bienes, servicios y capital que se extiende de Tokio a Teherán». (Más específicamente, las grandes oportunidades de inversión para Emmott son las infraestructuras y la industria indias, los bienes de consumo chinos y los servicios japoneses.)

Sin embargo, resulta «prematureo», en su opinión, considerar Asia como «una región genuina». Lo que la divide, sobre todo políticamente, es en la actualidad más importante que lo que la une. Las tres grandes potencias «no son compatibles por naturaleza» y cada una de ellas maniobrá para fortalecer su posición y estimular sus intereses a largo plazo. «Asia cuenta con un buen acervo de acritud histórica» y de puntos potenciales de conflicto que «podrían fácilmente estallar durante la próxima década». La historia de Europa enseña que los momentos más peligrosos en la política de equilibrio de poder llegan en momentos de cambio. Afortunadamente, escribe Emmott, las barreras contra la guerra siguen siendo altas, gracias sobre todo al «papel estabilizador de Estados Unidos como potencia militar global»: «en Asia, donde Estados Unidos es un poder exterior

pero dotado de enormes despliegues militares en el seno de la región, ese papel como responsable dispuesto a intervenir en última instancia es especialmente importante».

El subtítulo de *Rivals* conduce al equívoco. El objeto de análisis real de Emmott no es cómo la India, China y Japón conformarán la próxima década, sino cómo Estados Unidos debería conformarlos a ellos. Sus recomendaciones son previsibles. Contar con la India y Japón del lado estadounidense para contraponerse a China ha sido la política seguida por Estados Unidos desde al menos 1998, cuando la crucial visita presidencial de Clinton dio el visto bueno a las pruebas nucleares indias. Emmott se deshace en elogios ante el acuerdo Bush-Singh de 2005 –en virtud del cual la política exterior y de defensa de Delhi se ha subordinado a la de Washington a cambio de los mencionados incentivos nucleares– considerándolo como la consumación de este proceso, al tiempo que lo equipara al viaje de Nixon a China, que juzga como un éxito de la diplomacia estadounidense. Nuestro autor aplaude también los signos de reaproximación indio-japoneses. En octubre de 2008 Tokio y Delhi firmaron una declaración para establecer un «Pacto Estratégico y Global», que es tan sólo el tercero de este tipo que Japón ha firmado y que se añade a los suscritos con Estados Unidos y Australia. Washington debería promover por todos los medios una integración económica más estrecha entre los países asiáticos, afirma Emmott, y dejar de insistir en que «Estados Unidos debe estar siempre presente cuando se discuten problemas como, por ejemplo, los de índole comercial». Pero los asuntos de defensa y seguridad son otra cuestión, ya que, respecto a ellos, «no tendría sentido alguno que Estados Unidos dejara de implicarse». Del mismo modo que «Estados Unidos no desempeña papel alguno en la Unión Europea pero sí un rol esencial en la OTAN», así debería comportarse en Asia, estableciendo la correspondiente división del trabajo.

Los capítulos centrales sobre estas tres potencias, que intentan evaluar las fuentes de poder económico y de estabilidad política de cada una de ellas, cubren un territorio que será familiar para cualquier lector de la prensa predominante. China: el principal impulsor del crecimiento ha sido el nivel record de las inversiones, que ha oscilado entre el 40 y el 45 por 100 del PIB, el cual ahora está creando, sin embargo, burbujas en el precio de los activos y una sobreoferta de inversión que intensifica las presiones para que se produzca un ajuste doloroso. ¿Se convertirá la cada vez mayor «clase media» china en una fuerza democratizadora? Es improbable en opinión de Emmott, pues, a no ser que se produzca una seria y prolongada recesión, el dominio del PCCh se mantendrá estable, fortalecido por la institucionalización del cambio generacional del estrato dirigente. Pero el eslogan de Deng, «tener la cabeza fría y mantener un perfil bajo», será cada vez más difícil de preservar. La presencia de China en la península coreana así como en el Sudeste asiático, el golfo de Bengala, el océano Índico y Pakistán –donde construye un puerto de aguas profundas en Gwadar y está reparando la autopista del Karakorum–, parece

que está haciendo perder los nervios en Tokio y Delhi. Japón: la situación económica parece haber mejorado tras la década pérdida de los noventa gracias a la masiva precarización del trabajo y la desregulación de las telecomunicaciones, el transporte, la energía, las actividades financieras y otros sectores. A pesar del problema planteado por el envejecimiento de la población, Emmott se muestra optimista, dado que el prolongado estancamiento de la mencionada década ha tenido el efecto beneficioso de reducir el prestigio de los funcionarios del Ministerio de Economía y del MITI. India: económicamente hay algo más que hacer que demoler el «*permit raj*» (el conjunto de normativas y regulaciones vigentes entre 1947 y 1990), pero la desigualdad aún tendrá que incrementarse antes de que la situación de la India «mejore». Pero Emmott observa con aprobación la gran estabilidad en las políticas aplicadas tanto por el BJP como por el Partido del Congreso, lo que ha provocado que, «a pesar de todo el desorden, India haya conocido un gran impulso». Sobre todo, Emmott celebra el acuerdo nuclear indio-estadounidense por su rentabilidad estratégica.

La India es claramente el país que Emmott conoce menos y su capítulo sobre el mismo es particularmente plano. Ignora completamente la vasta bibliografía que ha intentado proporcionar un análisis en profundidad y a largo plazo de su crecimiento, sin olvidar en absoluto el de su geografía y periodización. Su dieta intelectual es evidente desde la página de agradecimientos, en la que destaca un elenco de dirigentes empresariales, portavoces del gobierno, editores de primer rango e intelectuales de *think-tanks*, partidarios todos ellos en grado diverso del neoliberalismo y del giro proestadounidense dado por la India. En este caso, como sucede con China y Japón, no existe simplemente un mapa social del país ni una comprensión verosímil de las dinámicas contradictorias que han impulsado su desarrollo durante los pasados veinte años. «El principal problema en Asia es el temor y la sospecha suscitados por China», afirma Emmott. Ello es evidentemente absurdo. La cuestión china puede plantear enormes quebraderos de cabeza a la estrategia estadounidense, pero los principales problemas en la mayor parte de Asia son la salud, el analfabetismo, el hambre y el desempleo masivo. Cualesquiera que sean las tribulaciones sociales y políticas de los países capitalistas avanzados, son de un orden cualitativo menor respecto a aquellas a las que se enfrentan China y la India como resultado del carácter «desigual y combinado» de su desarrollo.

Las elites dominantes de ambos países son mucho más conscientes de los peligros sociales futuros que Emmott. En China, se han producido enormes desigualdades entre clases y regiones, y se ha acentuado la diferencia rural-urbana. Aproximadamente 200 millones de migrantes han vaciado las zonas rurales de su juventud formada; los trabajadores mal pagados representan un proporción creciente del total de la fuerza de trabajo; existe una presión cada vez mayor a favor de la capitalización de la tierra con el fin de crear unidades agrícolas mayores y más competitivas mediante el desplazamiento de los pequeños campesinos, lo cual tendrá un de-

sastroso impacto social porque eliminará la posesión de la tierra como red de seguridad clave para la población pobre del país. El gobierno ha hablado de construir una «sociedad armoniosa», pero el capitalismo chino con rostro humano no alterará las dinámicas que están provocando estos problemas. La forma de capitalismo altamente burocratizado de China provoca el entrelazamiento de los intereses del capital y la empresa privados con los de la administración del Partido y los funcionarios de alto rango. Estos estratos de los ricos y de los superricos –más una nueva clase media de aproximadamente 150 millones de personas formada por cuadros, empresarios y profesionales– proporcionan el apoyo más consistente de la actual dirección capitalista y del mantenimiento del dominio del partido único como el modo de asegurar la estabilidad a largo plazo, si bien con desacuerdos internos sobre cuál es la mejor forma de lograr una «democratización controlada».

La tasa de desigualdad en la India, aunque creciente, no está ni mucho menos próxima a la de China, pero su profundidad y carácter son mucho peores: el 77 por 100 de la población gana menos de 20 rupias diarias, lo cual crea problemas de una escala que los dirigentes indios no pueden ignorar. Un programa de garantía del empleo rural, aunque con gran frecuencia inadecuadamente implementado, fue considerado por el Partido del Congreso como uno de los factores claves de su reelección en 2009, aun siendo como era una forma de «neoliberalismo compensatorio». La coalición de la clase dominante india difiere de la de China: tiene un componente burocrático mucho más débil y se halla mucho más sometida al capital privado, sea éste nacional o extranjero. Consta también de una burguesía agraria que, aunque está perdiendo poder frente al gran capital en los sectores industriales y de servicios, continúa ejerciendo una fuerte influencia sobre los gobiernos estatales, aunque sólo sea mediante sus recursos para movilizar electoralmente las zonas rurales. La existencia de un sistema parlamentario institucionalizado significa que los numerosos levantamientos sociales del país producen en ocasiones ajustes en las políticas aplicadas tanto en el ámbito central como en el provincial, pero el extraordinariamente variado carácter de la sociedad india también significa que las cuestiones objeto de la resistencia popular son muchas, mientras el sistema electoral actúa como válvula de seguridad y la coordinación y la unificación de tan diversa gama de luchas siguen siendo un objetivo por realizar. El carácter más centralizado y autoritario del gobierno del PCCh significa que los levantamientos sociales son menos variados en su origen y más fácilmente reprimidos. Pero quizá el mero hecho de que tales protestas tengan el potencial de ser más delimitadas y centralizadas hace sus implicaciones más preocupantes para los dirigentes del Partido, cuando éste lucha para afrontar la recesión económica mundial y un futuro incierto.

*The Economist* no ha tenido una buena crisis. Su mapa mental incisivamente caracterizado por el eslogan «Hayek para tontos» se ha demostrado incapaz de toda reevaluación en profundidad de los problemas a los

que actualmente se enfrenta el orden capitalista, mientras continúa repitiendo monótonamente las panaceas neoliberales de otros tiempos. La afirmación de Emmott de que el capitalismo globalizado de libre mercado «levantará a miles de millones» de su sorda y secular miseria es empírica y teóricamente insostenible. Los programas macroeconómicos de los últimos veinte años han acentuado la crisis de cientos de millones de «asiáticos» en las zonas rurales y en las cada vez mayores áreas urbanas hiperdegradadas del continente. La prosperidad de los países avanzados no se halla a su alcance. Tiene más sentido anticipar un grado mucho mayor de inestabilidad social en ambos países de lo que Emmott hace.

Desde el punto de vista geopolítico, *Rivals* sufre de una tara primordial al restringir su consideración a Japón, China y la India y dejar de reconocer a Rusia como un actor asiático fundamental. Las relaciones de Rusia con la India y China, sin embargo, así como con Irán y las repúblicas de Asia central, conformarán de modo decisivo el futuro de Asia. Desde 2006 China ha sido el principal socio económico de Rusia, y ambos reconocen que el proyecto de defensa de misiles balísticos estadounidense apunta contra ellos. Emmott amortigua sin descanso el uso de la fuerza por Estados Unidos en la región. Además de los 300.000 efectivos estadounidenses desplegados en Iraq y Afganistán y de los «asesores» que supervisan los bombardeos en Pakistán, el Pentágono cuenta con varios cientos de bases militares en Asia, incluidas 124 instalaciones en Japón y 87 en Corea del Sur. Los pactos de seguridad estadounidenses con Japón, Taiwán y Corea del Sur continúan definiendo el comportamiento de Corea del Norte y China. El aplastante dominio geoestratégico de Estados Unidos debe reforzarse todavía más mediante la alianza indo-estadounidense, que apunta a China, y los prolegómenos de una «OTAN asiática», cuyos principales pilares son Estados Unidos, la India, Japón y Australia, con funciones suplementarias ofrecidas a Malasia, Singapur, Tailandia, Indonesia y Vietnam.

En cuanto a sus fundamentos teóricos, *Rivals* es esencialmente un cruce de pensamiento económico neoliberal con una interpretación de la política internacional, típica de la escuela realista, que justifica el papel desempeñado por Estados Unidos como «estabilizador hegemónico». Pero Washington no interviene por el bien de todos, como deduce Emmott, sino que se afana por tornar las cosas en su propio favor. Mantener relaciones bilaterales con las potencias de la región e impedir la emergencia de un bloque ruso-chino-indio ha sido desde hace mucho tiempo uno de los aspectos centrales de la estrategia estadounidense. Emmott, sin embargo, no ofrece ninguna prueba de por qué esto debería ser bueno para Asia. Los «rivales» se han demostrado perfectamente capaces de dirigir su propia diplomacia en lo que atañe a las disputas fronterizas y la competencia por los recursos. Parecería tremendamente inteligente que China y la India prosiguieran el acceso a los campos petrolíferos iraníes, por ejemplo, al margen de los dictados de Israel y Estados Unidos. De hecho, si surgen dificultades cada vez mayores en Asia occidental y central deriva-

das de resistencias efectivas a las ambiciones estadounidenses respecto a Iraq, Afganistán, Irán y Palestina, se creará entonces tanto el espacio como el incentivo para que emerja una relación triádica más fuerte entre Rusia, China y la India. Éste no es obviamente el tipo de «resurgimiento asiático» que Emmott tiene en mente.

En 2005 la existencia de una Red de Energía Panasiática fue ponderada por el entonces ministro indio de Energía Mani Shankar Aiyar. Emmott no hace mención alguna a esta propuesta, que pretendía reunir a los principales productores –Irán, Rusia y las repúblicas de Asia central– y consumidores –India, China, Japón y Corea del Sur– de petróleo y gas del continente para acometer un masivo programa infraestructural. Los oleoductos y gasoductos propuestos discurrirían hacia el este desde Irán, Turkmenistán y Kazajstán, y hacia el sur desde Siberia con destino a la India, China y el Pacífico oriental. La clave para su implementación radica en la disponibilidad de cuatro países en particular –Rusia, China, Irán y la India– para hacerla realidad. Los cuatro han reconocido sus beneficios potenciales y sus profundas implicaciones geopolíticas: la Red de Energía Panasiática erosionaría seriamente el poder de Estados Unidos sobre las reservas energéticas de Asia occidental. Emmott se sentirá aliviado al saber que por el momento estos cuatro países han aparcado esta iniciativa. (En realidad, en enero de 2006, poco después del acuerdo Bush-Singh, respecto al cual Aiyar mostró sus reticencias, se produjo una remodelación del gobierno en la que fue degradado al Ministerio de Deportes.)

La tesis de la estabilidad hegemónica, puntal de la tradición realista atlántica, justifica la existencia de una potencia mundial dominante aduciendo que suministra un «bien público internacional». El libro de Emmott ejemplifica esta línea de pensamiento. En la práctica, el suministro de bienes públicos internacionales tales como la Red de Energía Panasiática se halla subordinado a los intereses particulares del imperio estadounidense. Noam Chomsky observó en una ocasión que revistas como *The Economist* o *Business Week* se leen no tanto para comprender equilibrada y cabalmente lo que está sucediendo y lo que debe hacerse, sino para comprender cómo piensan las clases dominantes así como sus acólitos y servidores, y qué es lo que quieren. Lo mismo puede decirse de *Rivals*.